

Algunas claves de lectura para los documentos  
del Instituto del Tercer Mundo Manuel Ugarte  
de la Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires

Mariano Millán

Estas páginas están orientadas a hacer inteligible, de alguna manera, el contexto político – social y universitario del conocido “Instituto del Tercer Mundo Manuel Ugarte” de la Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires, fundado en 1973, el cual mudó su nombre al año siguiente por el de “Instituto de la Tercera Posición y de la Patria Grande” de la Universidad Nacional de Buenos Aires, para ser finalmente cerrado en diciembre de 1974, bajo el rectorado de Ottalagano. Una atenta lectura de lo precedente nos invita a considerar al menos tres grandes cuestiones: la corta vida del Instituto..., el cambio de su nombre y también la variación en la denominación de la actual Universidad de Buenos Aires.

Comenzaremos por el final. Nuestra casa de estudios ha sido, desde principios del siglo XX, la institución estatal – autónoma más relevante de la República y con mayor importancia en los procesos políticos. En la actualidad, su padrón electoral es más numeroso que el de varias provincias y cuenta con uno de los presupuestos más altos dentro de los organismos públicos que funcionan en la Ciudad de Buenos Aires. No hay partido de alguna importancia que no tenga al menos algunos núcleos de militantes en la UBA y casi todos los procesos políticos de la última centuria tuvieron sus expresiones y repercusiones en esta Universidad.

Comprendidas estas consideraciones, estamos habilitados para mencionar que los cambios en los nombres de esta casa de estudios se debieron, sin ninguna duda, a los importantes conflictos políticos ocurridos entre 1973 y 1975.

I

Después de una serie de revueltas locales bastante heterogéneas, algunas muy importantes, como las ocurridas en Córdoba, Rosario y Tucumán entre 1969 y 1971, el régimen militar de la autodenominada “Revolución Argentina”, iniciada con el golpe de

Estado de junio de 1966, comenzó su repliegue bajo la presidencia del General Lanusse y el Gran Acuerdo Nacional (GAN). Fue eliminada la antigua prohibición de los partidos políticos de cinco años atrás y el gobierno propuso el retorno al sistema democrático y constitucional. Los dos años que mediaron entre aquellos acontecimientos y la presidencia de Cámpora en 1973 fueron el escenario de intensas disputas, tanto por parte de aquellos que veían en el GAN una estratagema de las clases dominantes para conservar el poder y canalizar el descontento popular hacia los partidos tradicionales, como de quienes percibían que la salida democrática significaba una victoria popular y, por lo tanto, había que participar de ella para profundizarla.

Lo concreto es que, desde el Cordobazo de mayo de 1969, y quizás un poco antes, venía creciendo en el conjunto social un vasto y heterogéneo movimiento anti – dictatorial. Dentro del mismo se insertaban casi todos los grupos políticos de importancia en el país y también las facciones insurgentes (FAL, FAR, Montoneros, ERP, etc.), las cuales se convirtieron en grandes protagonistas del proceso político. Mediante la “apertura” del GAN, las FFAA no renunciaban a la represión de los destacamentos más radicalizados, sino que se legalizaba la acción de los partidos republicanos para que ellos mismos encauzaran el descontento. Naturalmente, los tiempos del GAN fueron agitados y politizados, pues en ese bienio se definía la orientación de esas nuevas fuerzas constituidas en los años anteriores.

Como se puede comprender de lo que venimos afirmando, la llegada del peronismo al gobierno del Estado en mayo de 1973 fue uno de los resultados posibles, y no una suerte de decantación natural, de los acontecimientos de los años precedentes. La confusión usual, muchas veces promovida de manera interesada, tiene su base en el hecho incontestable de que una parte de esas nuevas fuerzas surgidas de, o potenciadas por, el ascenso de las protestas en múltiples puntos del país se incorporaron al peronismo y a su gobierno bajo la dirección de las agrupaciones de superficie de las organizaciones armadas.

Hechos tan importantes para el futuro del país y para la biografía de tantos sujetos colocados en espacios relevantes de la escena cultural y política de una sociedad siempre están llamados a convertirse en objeto de múltiples interpretaciones. Pero podemos afirmar, a riesgo de sonar como científicistas ingenuos, que el avance de las ciencias humanas de nuestro país en los últimos 15 o 20 años ha podido ir aclarando ciertos procesos que permanecían en la opacidad y fragmentariedad de la/s memoria/s colectiva/s y las memorias individuales tributarias.

En términos estratégicos, y más allá de las listas electorales de 1973, existían dos alianzas burguesas y estaba emergiendo, desde 1969, una fuerza social de carácter revolucionario. La primera coalición es la que podemos considerar como la conducida por el capital más concentrado y también más transnacionalizado. Esta fracción no logró hacerse definitivamente con el poder del Estado recién hasta el golpe de 1976, bajo el cual reorganizó el capitalismo en el país bajo el signo del neoliberalismo. Siempre débil desde el punto de vista de la construcción de articulaciones políticas, pero sumamente poderosa en el terreno económico. Frente a ella, y con cierto movimiento de cuadros y dirigentes entre bloques, se erigía un proyecto capitalista más cercano al del Estado de Bienestar, que impulsaba una conciliación de clases y entendía la necesidad de retornar al camino económico tomado en los primeros tiempos de la segunda posguerra. En esta articulación ubicamos a los partidos políticos argentinos más importantes: el peronismo y el radicalismo. Desde esta fracción habían ido surgiendo desprendimientos de izquierda que se amalgamaron con otras experiencias socialistas que no habían tenido su origen en el arco de aquella segunda fuerza. Naturalmente, este bloque que se estaba constituyendo carecía de la homogeneidad y organización de los dos anteriores y contenía muchos elementos que estaban redefiniéndose continuamente entre la pertenencia al segundo espectro de la política argentina y a un tercero que estaba en un proceso de formulación.

El GAN y las elecciones de 1973 tuvieron como búsqueda y como resultado hacer mucho más compleja y menos nítida la distinción entre las fuerzas dos y tres, al tiempo que se replegaba la fuerza del capital financiero a la retaguardia, propiciando que la lucha política desgastara a las otras y, sobre todo, dejase a la emergente insurgencia en un estado de aislamiento y debilidad.

Efectivamente, el FREJULI incorporaba elementos de composiciones mixtas. Partidarios de un “capitalismo nacional” y de un “socialismo nacional”. Ver en qué medida uno u otro grupo insurgente que participó de esta coalición era efectivamente revolucionario exige una gran cantidad de mediaciones, puesto que es necesario saber en qué momentos rompía la orientación capitalista de ese bloque electoral, en qué circunstancias se subordinaba y también cuánto de todo su desempeño político permitía la erección de una fuerza revolucionaria en el país.

El FREJULI, triunfador en los comicios de marzo de 1973, representaba un amplio frente electoral que combinaba fuerzas que por momentos, aunque no siempre, estaban enfrentadas de manera antagónica. Esta cuestión implicó al menos dos grandes

problemas políticos: por un lado, el carácter contradictorio del gobierno que pretendía terminar con la crisis social y política abierta desde el Cordobazo, cuatro años atrás; y por otro, el modo absolutamente desordenado en el cual se asumía la gestión de las distintas instituciones del Estado. Ministerios, gobernaciones, municipios, universidades, embajadas, etc. todo se repartía a manos de los distintos grupos que integraban el frente electoral vencedor. Naturalmente, el ejercicio de cada una de las funciones repartidas se daba de bruces con otra/s de la/s cuales precisaba de su colaboración, puesto que no todos los grupos consideraban que el país debía orientarse en la misma dirección. La idea de gobernar de ese modo no puede anidar en la mente de ninguna persona con capacidades de fundamentación política superiores a la mera creencia sobre sí mismo como “por encima de todos” e intocable. Fuera de aquella persona y quiénes compartían su criterio, todos los participantes de este juego del reparto sin mucha coherencia de orientación política consentían esta combinación porque la entendían como transitoria, aunque no estuviese reglado el modo en el cual se iba a imponer una u otra de las facciones en el futuro mediato.

## II

Aquellas características del proceso político que acabamos de mencionar tuvieron un impacto decisivo en relación a la actividad política y social dentro de la Universidad de Buenos Aires y sobre quienes estudiaban o trabajaban allí. Dentro de lo que fueron los acuerdos para organizar la administración pública, la educación, el gobierno de varias provincias y una buena cantidad de lugares en el parlamento fueron otorgados a lo que se conocía como la “Tendencia Revolucionaria del Peronismo” y a la Juventud Peronista. Como correlato de aquella disposición, la UBA quedaría bajo la responsabilidad de los grupos más cercanos a la izquierda dentro del FREJULI.

Esta distribución de las instituciones del Estado como si fuesen porciones de algún postre no podía ocultar el carácter eminentemente conflictivo y violento del interior del frente, así como tampoco la carencia de criterios reales con los cuales medir la fuerza de cada uno de los contendientes ¿Debía darse importancia a la cantidad de gente que movilizaba cada fracción? ¿Qué peso tenía en las negociaciones la inserción orgánica de cada grupo en los distintos ámbitos de la sociedad civil? ¿Cómo mensurar la posesión de “referentes” de los distintos territorios y campos de la actividad en el país? ¿Cómo saber efectivamente a quién le correspondía contar como propio a cada

uno de los sujetos que, con cierta acumulación personal, se ponían a disposición del FREJULI?

La porción de cargos institucionales que pudo conquistar la JP y la Tendencia fue sumamente importante y hay motivos para pensar que fue mayor que aquella que le correspondía por su acumulación real. Muchos de los gobernadores que se consideraban afines o propios denunciaron la infiltración marxista y luego cayeron en las horcas claudinas de la lucha por la “depuración ideológica del movimiento” iniciada por Perón y cumplida con devoción por López Rega y una parte importante del sindicalismo. La gestión de la izquierda peronista al frente del Ministerio de Educación fue desmantelada rápidamente. En la UBA, el rectorado de Puiggrós, auspiciado por Montoneros, duró pocos meses. En muchas facultades y dependencias estatales, las organizaciones del peronismo revolucionario convocaron a distintos profesionales que no eran parte orgánica de las mismas para que desempeñaran las funciones que ellas habían conquistado en la puja interna por la administración pública.

### III

Dentro de este clima fue que asumió Rodolfo Puiggrós como Rector de la Universidad de Buenos Aires, en mayo de 1973. El movimiento estudiantil ligado a la JP avalaba a este conocido historiador, que rebautizó nuestra casa de estudios como “Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires”. El nuevo nombre incluía el sintagma “Nacional y Popular” sobre la antigua y hoy corriente denominación. Con “Nacional” se pretendía enfatizar que el rumbo universitario iba a orientarse en función de las necesidades del proyecto de país que encabezaba el explosivo conjunto que era el FREJULI. Con “Popular” se invocaba la necesidad de articular una política universitaria con vocación por contribuir al mejoramiento de la calidad de vida de los sectores menos beneficiados del país. A su vez, “Nacional y Popular” se había convertido en toda una marca distintiva de la identificación ideológica de los sectores de la JP que ganaban las calles y que se planteaban “profundizar” la conquista de la democracia bajo la presidencia de Cámpora. Lo “Nacional y Popular” se planteaba como una oposición a lo imperialista y oligárquico, aunque también al marxismo internacionalista y se anclaba en parte de los escritos de los historiadores revisionistas.

A su vez, denominar a la Universidad más grande del país como “Nacional y Popular” era también, en la concepción de estos militantes, una suerte de denuncia de su

pasado “anti – nacional” y “anti – popular”, en el cual la UBA había sido un reducto de lo que los jóvenes peronistas llamaban el poder oligárquico, la elite argentina, el liberalismo, el marxismo internacionalista y toda una suerte de ideas “foráneas”, ajenas y opuestas a los intereses de las masas populares que, sin dudas para ellos, se identificaban con el peronismo porque éste era la expresión de las aspiraciones “genuinamente populares”.

Como se puede entender, estas ideas mezclaban una serie de elementos de procedencias diversas, muchas anti – comunistas. Algunas de éstas eran patrimonio del viejo catolicismo que había echado raíces en el ámbito cultural, educativo y universitario del peronismo y se había resignificado a la luz de los cambios ocurridos por el surgimiento del tercermundismo. Otras, como hemos mencionado, provenían del revisionismo histórico, a veces de la derecha nacionalista, o de cierto progresismo antiimperialista. Finalmente, varias eran readaptaciones locales de ideas de izquierda que circulaban en la juventud latinoamericana, primero en los ‘20 y luego en los ‘60: ¿cómo entender la nación en América Latina?, ¿qué lugar ocupan las propias condiciones sociales del continente en la elaboración de conocimiento?, ¿cuál es la relación entre “el interior” y “el puerto” en la dinámica de la nación y el mundo?, ¿qué lugar corresponde a los intelectuales de las ciudades y las universidades más cosmopolitas?

El comienzo de la nueva etapa política del país se tradujo, en la vida universitaria, en un momento de gran efervescencia y entusiasmo no solamente de parte de los jóvenes peronistas que habían llegado al gobierno, sino también de las fracciones progresistas y socialistas del tradicional reformismo universitario (Franja Morada, Movimiento Nacional Reformista, Movimiento de Orientación Reformista, Juventud Socialista de Avanzada, Frente de Agrupaciones Universitaria de Izquierda, etc.), que apoyaron en buena medida los intentos renovadores de la izquierda peronista. Desde el punto de vista de la gestión universitaria, la situación fue más compleja, puesto que el entusiasmo ahora debía plasmarse en un trabajo coordinado dentro de las instituciones. Para ello, era necesaria una cantidad de cuadros y referentes con determinados conocimientos que no siempre tenían una relación de tanta intimidad. Así, la Tendencia fue repartiendo cargos entre intelectuales y profesionales cercanos en los cuales debía depositar su confianza.

La experiencia se preveía como compleja. Un conglomerado de funcionarios cuya pertenencia político – organizativa estaba en disputa debían: en primer lugar,

terminar con el “continuismo” de la dictadura en la Universidad y, en segundo lugar, reorganizar la UBA en términos “nacionales y populares”. Para ambas tareas había que desarrollar una serie de operaciones cuyo criterio no siempre resultaba claro, puesto que no necesariamente todos los que tenían encomendadas aquellas tareas coincidían en los medios y los fines de los proyectos. ¿Qué era suficiente para considerar que un profesor ya no podía dar clases en la nueva Universidad? ¿Se debía aplicar un criterio político o uno académico? ¿Existían posibles excepciones? Por otra parte, ¿cuáles eran las formas en qué se haría realidad una nueva Universidad? ¿Qué temas abordar? ¿Desde qué enfoques? ¿Con qué profesores contar para ello?

Como se puede entender, la resolución de estas cuestiones no supone una mera conversación, sino una serie de confrontaciones y debates políticos que terminen decantando en alguna orientación más homogénea y, a partir de allí, tener el plazo de tiempo para ir desarrollando un programa universitario con objetivos mejor definidos y cierta coherencia. Naturalmente, una forma de acumular en este sentido era simplemente comenzando a hacer. Así, muchos sectores en diferentes facultades iniciaron programas de investigación y de extensión bastante novedosos, que buscaban contribuir al mejoramiento de la calidad de vida de los pobres, como los talleres de auto – construcción de viviendas de Arquitectura o la asistencia jurídica en Derecho.

Esta dinámica chocaba, además, con los distintos actores de una comunidad universitaria muy extensa y compleja, muchos de los cuales detentaban el monopolio de ciertos saberes o sobre la conexión de la Universidad con ciertos ámbitos profesionales y económicos. Es decir, esta enorme y heterogénea cantidad de proyectos intentaban desarrollarse sobre determinadas estructuras universitarias de las cuales no siempre se era consciente de su existencia y, cuando sí se comprendía tal punto, no se tenía una política coherente hacia ellas.

Es así que numerosos nombramientos fueron resistidos por sectores importantes de la vida académica de algunas facultades, muchos funcionarios fueron impotentes para desarticular viejas tramas de la vida universitaria, mientras que otros simplemente intentaron gobernar sobre ellas manteniendo las contradicciones que existían, pensando que se superarían en algún momento casi por sí solas, sin comprender que ellos habían sido designados para desarrollar alguna orientación.

#### IV

El ciclo de la política universitaria repetía, con sus particularidades, el de la política nacional. Los antagonismos sociales que se habían exacerbado en los años precedentes se encontraban, en parte, en el armado político institucional del conglomerado gobernante que se agrupaba en el FREJULI.

Más temprano que tarde, la lucha interna del frente comenzó a ocupar el centro de la escena política, restando potencia a la autoridad de los integrantes del frente que encabezaban instituciones del Estado. La fragilidad del gobierno fue significativa: pocos cargos detentaban las capacidades que se suponía que detentaban. Si uno observa desde la UBA hasta la Presidencia de la Nación, pasando por las gobernaciones, podrá notar que la rotación de funcionarios era constante y que muchas de las disputas internas se dirimían por fuera de las instituciones, siendo numerosos los casos en que la resolución de conflictos puntuales era a través de la violencia física.

Cámpora duró 49 días como Presidente de la República. Puiggrós casi el doble a cargo de la Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires. Algo similar puede decirse de varios gobernadores, como Obregón Cano, Raggone, Martínez Vaca, Bidegaín y Cepernic, o de numerosos decanos, como Kestelboim o Adriana Puiggrós. El punto central de este proceso radica justamente en la carencia de homogeneidad interna del FREJULI y en el carácter antagónico de las fracciones que lo componían. Así, muy poco tiempo después de la llegada al gobierno del Estado era notoria una confrontación violenta entre los integrantes del frente del '73 que expresaba la lucha más amplia entre dos fuerzas sociales: una de un "capitalismo nacional" y otra más débil y menos organizada que pugnaba por "el socialismo". En medio de ellas había una importante masa de referentes universitarios que navegaban esas aguas sin un grado de organización acorde a la intensidad del conflicto que se estaba desarrollando.

El caso de la cesantía de Puiggrós al frente de la Universidad es particularmente ilustrativo de lo que ocurría, puesto que consistió en una compleja conspiración de la cual nadie se hacía cargo dentro del peronismo. El mismo Perón fue entrevistado por el Rector saliente, quién recibió de boca del máximo dirigente justicialista la afirmación de que no había ninguna orden de destituirlo, sin que eso significase que iba a ser restituido en su cargo. La conspiración implicaba también la llegada de un odontólogo vinculado a la derecha peronista, como era Banfi, al máximo puesto de la dirección universitaria. Gracias a la agitación estudiantil de la izquierda se pudo evitar la asunción del nuevo Rector, pero no la restauración de Puiggrós.



Asumió interinamente, por menos de un mes, el Ing. Enrique Martínez, dejando luego el cargo que ocupó Ernesto Villanueva desde principios de octubre de 1973 hasta fines de marzo de 1974, cuando el ex Vicepresidente de la República, Dr. Vicente Solano Lima, asumió como Rector, quedando menos de cuatro meses en el cargo. Tras la muerte de Perón, la Universidad de Buenos Aires pasó a ser conducida por el Dr. Raúl Federico Laguzzi, quien fue Rector durante menos de dos meses, hasta la llegada del tristemente conocido Dr. Alberto Ottalagano, que rigió los destinos de la UBA entre septiembre y diciembre de 1974, siendo uno de los momentos de mayor violencia paramilitar hacia la militancia estudiantil de que se tenga registro. Luego asumió el rectorado Eduardo Mangiante, quien dejó su cargo al Dr. José Alocén, el cual gestionó la Universidad en los meses previos al golpe de Estado de 1976.

Se puede ver, en este sentido, un conflicto similar alrededor de la legislación que se debería imponer. El gobierno tardó un año en sancionar por el parlamento la Ley 20.645 de Universidades Nacionales, conocida como “Ley Taiana”, que prohibía la militancia política en la Universidad. Naturalmente aquello no se cumplió, como tampoco se llevaron a cabo las elecciones de las autoridades según los criterios de aquella ley.

Como se puede ver, los tres años que median entre el final de una dictadura militar y el comienzo de la otra fueron tiempos sumamente críticos y llenos de cambios en la Universidad de Buenos Aires. Ningún grupo se pudo afirmar en un plazo de tiempo lo suficientemente prolongado como para ver plasmados los resultados de sus acciones, aunque todos o casi todos tuvieron la capacidad de vetar o entorpecer el desarrollo de otras iniciativas.

Algo similar ocurría a nivel nacional, donde los distintos grupos del peronismo, y más allá del mismo conglomerado gobernante, se combatían cada vez con mayor violencia sin que ello se tradujera en un fortalecimiento de alguna de las perspectivas entre las dos fuerzas, en sentido amplio, que hemos mencionado.

## V

Como se puede ver, en tan poco tiempo hubo una importante cantidad de cambios en las orientaciones de la dirección universitaria y también en numerosas facultades. La erección del Instituto del Tercer Mundo Manuel Ugarte se corresponde con la primera etapa del gobierno peronista, aquella en la cual los sectores de la

izquierda del FREJULI estaban a cargo de la política educativa y naturalmente de la UBA, cuya sigla era UNPBA.

Bajo el rectorado de Puiggrós, en julio de 1973 se dio estatuto orgánico al Instituto del Tercer Mundo. La idea era construir un espacio de producción, difusión e intercambio de conocimientos sobre los países que compartían el carácter de integrantes del tercer mundo con la misma República Argentina para, de ese modo, combatir el llamado “colonialismo cultural”. En los documentos no se encuentra más fundamentación que aquello. Sin embargo, se comprende que esta iniciativa era parte de una política internacional tendiente a fortalecer los vínculos con los países del bloque de los “no alineados”, que también se evidenciaba en el rumbo que tomó el comercio internacional bajo la gestión de Ber Gelbard en el Ministerio de Economía.

Desde su fundación, el Instituto mostró su adhesión al peronismo en sus fundamentos ideológicos y también en un gesto del tradicional culto a la personalidad, nombrando a Perón como Presidente Honorario. La idea de acercarse a los países del tercer mundo se anclaba en una concepción antiimperialista propia de la teoría de la dependencia, algo que, como veremos, cambió profundamente cuando llegaron otros sectores a la dirección de la UBA. En el Instituto se desempeñaron desde un principio Hernán Benítez -a quién se le encargó escribir un texto donde se fundamentase qué constituía exactamente el tercer mundo-, Saad Chedid, Mario Hernández, Raúl Matera, Justino O’Farrel, Gunnar Olsson, Amelia Podetti, Ismael Quiles, Alcira Argumedo, José Machicote y Norberto Wilner, entre otros. Es sugerente también notar que desde el primer momento estuvo presente la idea de “Patria Grande”, entendiendo con ella al subcontinente latinoamericano. En función de ello se homenajeó a Manuel Ugarte como precursor argentino del Latinoamericanismo, poniéndole su nombre a este instituto.

Señalábamos que es interesante la presencia de la noción de “Patria Grande”, porque bajo el rectorado de Ottalagano, poco más de un año después de la fundación del Instituto..., éste cambió de nombre pasando a llamarse “Instituto de la Tercera Posición y la Patria Grande”. Naturalmente, muchas cosas habían cambiado por medio de la violencia en la Universidad Nacional de Buenos Aires, que dejó de llamarse “Popular”. Esas transformaciones eran resultado del triunfo de los sectores más reaccionarios del FREJULI de 1973. Esto implicó una purga de los docentes ligados a la Tendencia y a la Juventud Peronista, que fueron reemplazados con personal católico de derechas y algunos filo – fascistas, cuando no directamente fascistas. Bajo Ottalagano la capacidad de acción de la AAA en la UBA se expandió enormemente, cobrándose vidas, la salud y

la profesión de numerosos integrantes de la Universidad que participaban de diferentes proyectos políticos de izquierda o progresistas.

El nuevo Instituto cambió su denominación y depuró a todos sus antiguos integrantes, nombrando en su lugar a un personal menos numeroso y más confiable. Se decía que el antiguo Instituto del Tercer Mundo había sido una agencia de los países no alineados y el nuevo sería un promotor de la cultura hispanoamericana. Como se puede ver, el lazo hispanista, clásico en el nacionalismo más reaccionario de nuestro país, se encontraba dentro de la formulación ideológica de quienes destruyeron el proyecto del Instituto nacido en 1973. El novel Instituto de la Tercera Posición y la Patria Grande, ya solamente peronista e hispanoamericanista, duró pocos meses, siendo cerrado a fines del año de 1974.

¿Qué contienen los documentos que se pueden leer a continuación? Contienen aquellas primeras e interesantes intenciones, estos cambios violentos tan repentinos que no han permitido cimentar una acumulación y también incluyen la destrucción de este Instituto. ¿Qué alcances tuvo la acción del Instituto del Tercer Mundo? Podemos decir que bastante limitados, aunque bastante significativos dado el contexto. Quien lea estos documentos, encontrará la participación del Instituto... en algunas reuniones internacionales de cine en Argel y en Mar del Plata, el proyecto de edición conjunta con Libia de textos de Gadafi y Perón, un acuerdo de intercambio cultural con la Universidad de Panamá, donde gobernaba Torrijos, y el acervo de algunos libros para la difusión de las ideas tercermundistas. A partir de la asunción de Ottalagano, la única actividad del nuevo instituto fue la edición de unos pocos libros y los viajes de algunos de sus miembros a Bolivia y Chile, países que ya se encontraban bajo sendas dictaduras militares. Como se podrá ver, en resumidas cuentas, los documentos del Instituto del Tercer Mundo reflejan la vida de un proyecto que fue el resultado de las contradicciones y cambios violentos sufridos por la Universidad y el país entre 1973 y 1976.